

LIRIOS DE FE

AURELIO VERDE



AURELIO VERDE

LIRIOS DE FE

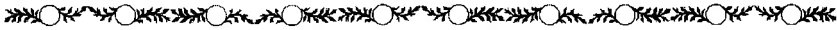
Meditación ante el Stmo. Cristo de la Caridad
de la Hermandad de Santa Marta



Sevilla, 2004

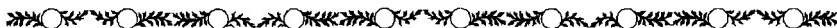
Muy agradecido estoy a mi buen amigo Ignacio Cortés
por el dibujo que ilustra la portada.

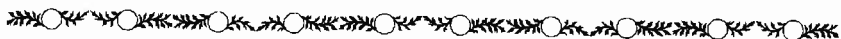
Edita: Hermandad de Santa Marta
Colaboran con la edición: FUNDACIÓN SANTA MARTA
© Aurelio Verde, 2004
Depósito Legal: SE-1.412-2004
Impresión y maquetación:
Pinelo Talleres Gráficos, s.l. - Camas - Sevilla



I

Sólo un cuerpo tan frío y tan desnudo,
sólo materia condenada a polvo,
nido de ausencias, templo de silencios.
Sólo oquedad de túrdigas y osarios.
Escarcha de barruntos tan crueles,
estuario de olvidos sin retorno.
Tiempo que llegará a no ser tiempo,
tiempo que dio sus estertores últimos.
Sólo un cuerpo, lección de anatomía
con su inerte muestrario de palabras.
Sólo un cuerpo, un tronco desgajado
de la común raíz que nos alienta,
sin savia, sin reclamos de alegría;
muñón de cera, carne simulada,
derrota de tan íntimos ejércitos,
rescoldo de la larva y la carcoma.
Desolación sin nombre, gesto helado,
perfil que se aguileña y se descuelga,
mandíbula sin orden ni gobierno,
anarquía del soplo que se extingue.
Casi ceniza y aire, casi nada.
Muerte, tan sólo muerte hecha de muerte.





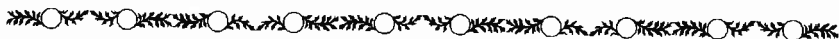
Quiero tocarte y me tiemblan las manos,
quiero acercar mi duda a tu certeza
y llevar ese gesto a tu penumbra,
a los umbrales fríos del invierno
que ha destrozado tanto mes de abril.

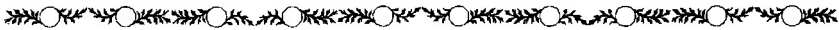
Quiero certificar tu lejanía,
quiero saber si estás realmente muerto,
en ese irreparable santuario
donde el viento devora los caminos
de la vuelta y es todo mustio mármol,
crisantemos sin norte ni noviembre,
artificiales arriates mudos.

6

Quiero palpar el pulso en tu muñeca,
allí donde la sangre canta y ríe,
allí donde se posan los jilgueros,
allí donde se escribe la emoción.

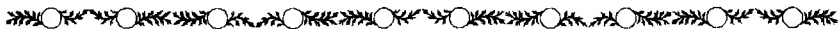
Quiero sacramentar las manos mías
y ungir las con tu muerte y mi pregunta,
dar fe de tanto sueño que encadena
las huellas del destino a un hoyo oscuro.
Y el frío y tu color y tu silencio
le dicen a mi mano que te has ido.



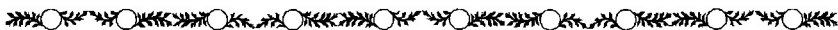


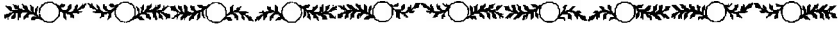
¡Ay, Señor! ¿Dónde estás? ¿Adónde el alma?
¿Dónde tu sangre, las puras magnolias
del jardín de María por tus venas?
¿Dónde el caudal de tu substancia erguida?
¿Dónde tu voz, aquélla que esculpiera
en la montaña un puente de alianzas
entre Dios y los hombres? ¿Dónde el golpe
de látigo y de cólera en el templo?
¿Dónde el sudor de púrpura agonía?
¿Dónde tu pie, gaviota por las aguas?
¿Dónde el poder de tanta juventud,
enhiesto pedestal de hombre y de Dios?
¿Dónde tu gesto abriendo amaneceres
en el ocaso pertinaz de un ciego?
¿Dónde la luz de tu mirada, hoguera
que desnudó vergüenza y tiranía?
¿Y la caricia misericordiosa
en los cabellos de una prostituta?
¿Y la derrota de la sed y el hambre?
¿La humanidad de verse abandonado?
¿Dónde está todo aquello que fue vida,
y más que vida, germen de la vida?



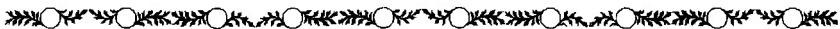


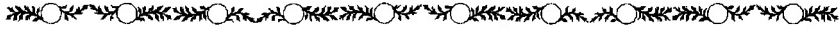
¿Qué te han hecho, Señor, que tanto rastro
de martirio denuncia los horrores
por tu cuerpo? ¿Qué te han hecho, Señor?
¿Por qué tan contumaz ensañamiento?
¿Qué mano atroz ha escrito por tu espalda
con la caligrafía de los látigos,
negándote la piel en sus renglones,
tan ilegible y cruel pregón de infamia?
¿Qué lóbrego artesano de la espina
fundió la sinrazón de esa corona?
¿Quién coronó de zafia realeza
tan lúcido solar del pensamiento?
¿Qué jauría de pueblo encadenado
levantó su condena en el pretorio?
¿Y cuánto Barrabás prestó su cárcel
para indultar las barbas de la ira?
Negra está el agua de una palangana
de tanto enjuagar hipocresías.
Pílatos es cualquiera de nosotros
sacudiéndose el polvo de la culpa.
Volvieron todos la cara a otro lado
y llegó la hediondez al fin del mundo.



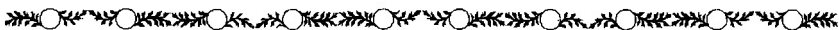


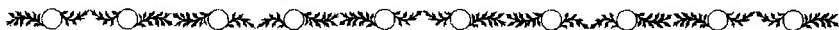
Gritó Jerusalén pidiendo muerte
sin que supiera nadie de los tuyos
porque nunca faltó un escondedero
para los testimonios de la fe.
Gritó Jerusalén ¿y dónde el grito
ocultó los motivos de la gente?
Anás y Caifás y sus secuaces
blandieron el colmillo de los lobos.
¿Cómo la entraña de la tierra pudo
parir los leños que hundieron tu espalda?
¿Y en qué precisa encrucijada unieron
sus perfiles en cruz dándote cruz?
¿Cómo la piedra se erizó en calumnias
y asfaltó los caminos de la nada?
¿Y quién le puso Amargura a esa calle
haciendo larga y lenta tu amargura?
¿Quién contó tus pisadas paso a paso?
¿Quién contó tus caídas bajo el tronco?
¿Y cuántos escalones de cizalla
hasta el mismo brocal de la ruina?
¡Qué lenta fue la muerte, Jesús mío!
¡Qué lenta y qué perversa en sus rodeos!





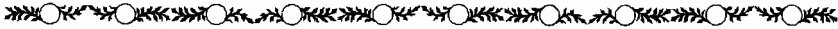
Martillos como cuervos acercaron
su hollín de los pecados capitales
por tus pies y tus manos. Allí el odio
acuñó para siempre esos estigmas
y llagas con leyenda de suplicio
y santidad. Luego el monte Calvario
yo sé que congregó tiniebla y viento
y las blancas espadas de las nubes
y el vozarrón final de la tormenta.
El universo entero desquiciado
y el templo desnudando sus pudores
como otra Salomé que tu cabeza
había subastado a los romanos.
Tu suerte hincada en plena calavera,
en el perfil de un cerro avergonzado,
servido así el festín de la tortura
en la bandeja alzada de la cruz.
Y ya sólo esperar a la invitada,
la informe y tan furtiva segadora
de vivos. Poco a poco estaba el aire
haciéndose tacaño en tus pulmones.
Tu esqueleto, crujiendo, se rompía.





¿Cómo tuviste arrestos, Cristo mío,
para dictar tus siete testamentos,
ese confín de tu Pasión que habla
de aprender a morir buscando a Dios?
¿Cómo tu voz se desnudó implorando
las últimas migajas del aliento
entre los pulsos que se nos escapan
y ese salto al vacío y al abismo?
Tus siete testamentos, uno a uno,
los mismos que la humanidad destila
cuando se apagan todos los candiles
y se vuelve amarilla una pregunta.
Siete palabras, siete pavorosos
desmayos de suspiros que se mueren.
La promesa, el perdón, el sufrimiento,
la condición del hijo en desamparo,
y el vértigo ¡la duda! Incertidumbre
del hombre hecho de carne que Tú has sido,
del hombre que sentía cómo el tiempo
clavándote su garra te dejaba
condenado a ceniza y al olvido,
al eco que se ahoga en el adiós.





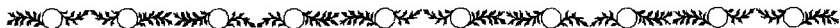
Te han dado la peor de cuantas muertes
se dan a los más viles criminales,
a la escoria que es digna de un castigo
con ejemplar encono de crueldad.
La cruz degrada y injusticia y hunde
al reo en el estiércol del desprecio,
crucificando al hombre y al delito
en pública lección de hierro y lágrima.
¿Por qué, Señor, por qué ese escarnio?
¿Por qué la cruz después de tanto escarnio?
¿Y el zarpazo fatal de la injusticia?
¿Y el grito de aquel gallo en su perjurio?
¿Por qué la cruz para pagar tu huella
por las benditas alamedas que iban
del corazón del Padre a un valle herido?
¡Y la alta primavera de tu voz!
¡Y la piedad de un Dios samaritano
que siempre hacía un alto en el caído
postergando los ritos del altar!
¡Y la entrega sin límites de estrellas!
¿Por qué, Señor, por qué tanta venganza?
¿Por qué ese tribunal tan implacable?





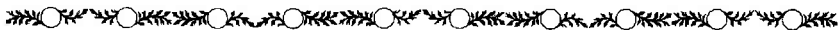
¡Cómo pensar que fuera tu palabra,
heraldo de esperanza en plena aurora,
origen de condena y prendimiento!
Ni las guirnaldas frescas del milagro
ni las dianas de las golondrinas
en el cansado corazón de un pueblo
sediento de Mesías y equidades.
Ni siquiera tu índice acusando
el frío cementerio que en su alma
guardaba el fariseo ni el escándalo
de quebrantar preceptos que oprimían
la conciencia del hombre eran motivo.
Fue en el templo, Señor, y Tú lo sabes.
Ese día firmaste tu sentencia.
Demasiado peligroso el gesto.
Tanta denuncia y tan claros los nombres
siempre es revolución que cuesta sangre
y vida a todo aquél que da la cara.
Con el oro no dejan que se juegue
los poderosos dueños del negocio.
Y tu rabia y tu látigo atentaron
contra el bolsillo de los sacerdotes.





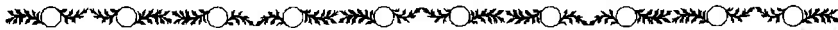
La aristócrata casta que regenta
el templo y los dictados de la Ley
detenta el privilegio del mercado.
Sólo los animales que ellos venden
en el mismo solar de la oración
pueden sacrificarse como ofrendas
y serán acogidos por Yahvé
con buenos ojos. Lo dice el sagrado
ministerio del Sumo Sacerdote
y de los suyos, la peor ralea
de bandidos que, desde una atalaya
intocable, la casa de Dios Padre
han convertido en cueva de ladrones.
La gente humilde acata esos grilletes
y compra su plegaria y su perdón
al precio que permite su ignorancia
y fijan los guardianes de la fe.
La paloma, el cordero que podrían
criar en sus corrales no son dignos
de ofrecerse a los pies de los altares.
Y tu mano, Señor, juez y verdugo,
cargó sin miedo contra tanto infierno.





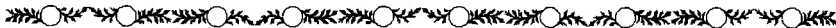
Esa última gota de Evangelio
iba a colmar el cáliz de tus días.
La cruz no estaba escrita en las estrellas
de tu destino. Nunca hay nada escrito.
La cruz fue consecuencia de tus pasos
redentores, de tu misión de amor
y salvación, del desmedido y fiel
acento del Verbo. No estaba escrita
la cruz. Fue el fruto y la cosecha cruenta
de tu supremo gesto por el hombre.
Piedra que en tu camino se cruzaba
y quiso tropezar tu pie con ella
jugándote la vida en tal empeño.
La justicia y la verdad sobre todo
y sin medir las fauces que acechaban
desde el veneno de sus madrigueras.
Tenían que secar tu manantial
y amordazar el látigo de fuego
y sin remedio herir tu canto libre
para restablecer el orden sacro.
Y todos los arroyos del poder
anegaron la mar para matarte.





Un campanario sin altura dobla
por el crimen Pascual que ha roto en dos
el lienzo de la historia. Era un antes
con el legado de Moisés, la norma
elemental de mera convivencia.
La Nueva Alianza que Tú has proclamado
es un Reino de Amor entre nosotros,
una revolución que cambia el orden
del mundo, un sol distinto alboreando
y provocando primaveras nuevas,
socavando los viejos pedestales,
la liturgia de un dios ausente y ciego
que la superstición y los poderes
habían diseñado a sus antojos.
El Dios de la Verdad mandó a su Hijo,
Embajador de Luz y de Esperanza,
a cimentar un compromiso eterno.
Pero un bosque erizado de intereses
y de alimañas turbias coronadas
pagó por tu silencio y tu cabeza.
Y aquí yaces, Señor, inmóvil, frío,
hermanándote al hombre hasta en la muerte.





II

Yes tu muerte el espejo donde asomo
el temblor que sacude mis redaños.

Yo, pecador, casi sin fe, sin rumbo,
casi perdido en las penumbras sordas,

a Ti, Cristo que estás desmadejado
en los brazos del aire y de la nada,

confieso mi pecado y mi derrota,
mi inerme causa y mis desesperos.

A ti confieso el miedo que me aplasta,
el pavor de sentir la muerte cerca,

porque la incertidumbre es cercanía.

A ti confieso el signo de mi angustia,
los nubarrones que andan por mi alcoba

y el vértigo en picado hacia el abismo
cuando el balcón de mis preguntas abro

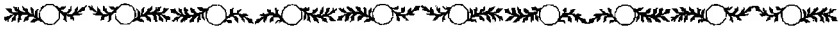
y no hay baranda para cobijarme.

A ti confieso mis desesperanzas,
la fe raquítica que mi alma luce

y el desvalido gesto de mendigo
que imposibles limosnas pordiosea.

Yo, pecador, casi sin fe, confieso
ese miedo viscoso que me espanta.





Tengo miedo a que un día me sorprenda
el zarpazo fatal en un incierto
y gris recodo de mi calendario,
sin ocasión de levantar los ojos
y pronunciar tu Nombre antes de irme
o llevarme el sabor de un dulce beso,
equipaje amoroso de mis labios,
y estampada en la flor de mi retina
la imagen de los míos para siempre,
aquéllos que ya nunca habré de ver
ni abrazar como tantas veces hice
dejando el corazón en cada abrazo.
Y aún peor es el miedo de saberlo.
Verla venir de frente, lentamente,
daga en alto, apretando los tornillos
del dolor hasta hacerme suplicar
la más indeseable de las gracias;
hecho estorbo incapaz de ser persona
y obstáculo y motivo de piedades
apurando entre sorbos la paciencia.
Tan fugaz y tan terminante trago
con las duras secuelas de un vacío.



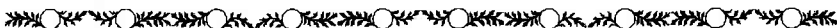


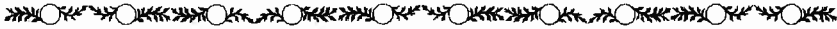
Tengo miedo a morir, a que la muerte
me enrede entre sus ciénagas de olvido.
Tengo miedo a perder la plenitud
de mis cinco sentidos soberanos.
A verme como un día vi a mis padres
con apariencia extraña y mineral,
tan dolorosamente quietos, mudos,
confinados a tan estrecha suerte,
tan cerca yo y tan lejos sus caricias,
dulcísimo regalo irrepetible,
la dación y el desvelo que moldearon
los mejores rellanos de mi estampa.
Tengo miedo a ese turno que se acerca,
a caer en el pozo de los sueños
y dormir y dormir sin alborada
que me despierte y diga que estoy vivo
y vuelvo a ser el dueño de mis pasos.
Tengo miedo a no ser, a no sentir
ni frío ni calor ni hambre ni sed,
a no gozar ni padecer siquiera,
que hasta el dolor se puede echar de menos
si ejerce de notario de la vida.



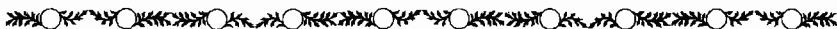


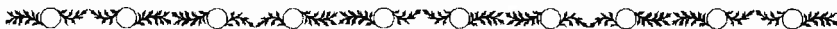
Me aterra la palabra eternidad
porque es inabarcable y no la entiendo
y rompe el pensamiento en mil añicos.
Tengo miedo, Dios mío, a ser bocado
de un enjambre de náuseas repugnantes.
Más triste todavía, a ser herrumbre
y sepias cartulinas que se tiran
cuando nadie tu nombre reconoce
en esos anaqueles del ayer
donde huele a humedad y a pergamino.
Me horroriza, Señor, que el yo que palpo,
que el yo que piensa, acabe siendo nada.
Perdido en este negro laberinto,
ciego y a tientas busco claridades
y tropiezo y tropiezo y me derrotan
los vaivenes de mis cavilaciones.
Sacudidas de ahogo que se sufren
si se intenta creer y la razón
derriba los caballos de la fe
atormentando al hombre derribado.
¡Quiero creer, Señor, quiero creer!
¡Necesito creer y levantarme!



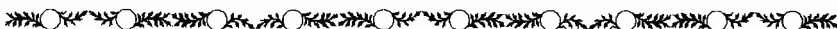


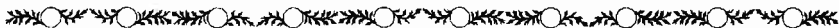
Me dicen que la fe no es la pregunta
que le hacemos a Dios sobre su Ser.
Que es la pregunta que Él nos devuelve
y le hace a Caín: ¿Dónde tu hermano?
A merced de tamaños oleajes,
del remolino fiero que me arrastra,
tan sólo un resplandor filtra santelmos
a través de un celaje tan sombrío.
Y esa llama eres Tú, Dios del mensaje,
caído y a la vez vocablo intacto,
tan presente y tan vivo en cada huella
de las puras almácigas del Reino.
Quiero ver en tu muerte la derrota
de aquellos que quisieron silenciarte.
Cada gota de vida que escapaba
era simiente y germen de otra vida.
Patrimonio de amor que siento mío
y al que aferro las manos de mi angustia.
No creo en los infiernos, creo en Ti,
paradigma de las misericordias,
Padre de un hijo pródigo que vuelve,
Dios que siempre perdona y siempre acoge.



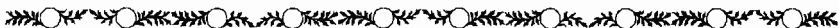


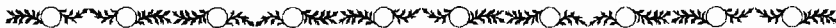
No creo en el cerrojo incandescente
que cierra a cal y canto el paraíso
y se apropia del dogma y los fielatos.
Ni en los arcángeles de purpurina
ni en los milagros que la magia inventa
ni tomo a pie de letra lo que es símbolo
de una pluma lejana y primitiva.
Creo en tu voz llamando por mi puerta
y creo en tu presencia cuando el pueblo
rebosa de hermandad y Eucaristía
y lucha contra el viento y la marea
y levanta tu Reino aquí y ahora
sin esperar quimeras del edén
pagadas a estipendios de silencio.
Creo en la gente buena que te lleva
en el altar mayor de sus sentires
y en los muchos José de Arimatea
y Nicodemo que sin creerte Dios
vuelcan su amor porque te ha visto solo.
Estás resucitado en cada espiga
de los trigales de tu gente en pie,
marginado, ignorado cuarto mundo
que combate acuñando tu Evangelio,
que se juega la vida y da la cara
hundiéndose de amor en tanto abrojo
con los pobres que la miseria muerden
y sufren los olvidos de la púrpura
junto a la dentellada del imperio.



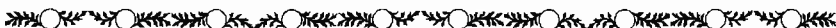


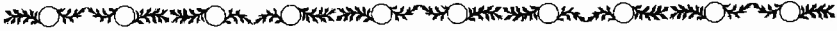
Yo creo en la semilla que germina
sobre los eriales de tu muerte.
Esa Resurrección me cura el alma
y no otra entre pardas teologías.
Me urge tu Caridad para que entregue
todo mi haber en la contienda diaria;
me urge tu Caridad para negarme
y buscarte, Señor, en mi enemigo.
Es la Resurrección que se contagia
por el bendito virus del amor.
Creo en tu Iglesia, carne del mensaje,
albacea de bienaventuranzas.
Una mesa común, común el riesgo:
compartir alimento, lucha y vida.
Eso es Eucaristía y no otra cosa.
Y ése es el camino que me exiges.
Que quien comparte pan también comparte
el compromiso en fuego de la vida
y cumple ese sagrado mandamiento
de jugarse la piel por sus hermanos.
Ese Credo, Señor, es cuanto alumbraba
este yo que hay sembrado en mis entrañas.
Ese Reino tangible entre nosotros,
toda esa redención que está pendiente
y reclama el arrojito militante
al seguro dictado de tu Verbo.





En eso nadie puede equivocarse
porque el precepto de tu voz no engaña.
Lo demás, la otra vida, Apocalipsis
y brumas de inasibles dimensiones
y la metamorfosis de mi hueco,
en tus manos lo dejo que otra cosa
no puede hacer tan pobre criatura.
Si he de morir y voy a ser ceniza,
irremediable cebo del olvido,
al menos que mi huella por el mundo
dé fruto y sobreviva en el amor.
Sembrar amor, dejar grata memoria
retoñando setenta veces siete
los brotes tiernos de tu mandamiento
que me obliga a romper con mi egoísmo.
Sembrar ejemplo de armonía y mieses
que un día sean pan multiplicado.
Que quien de mí se acuerde alguna espiga
ponga en su corazón como cosecha
con granos de alegría, luz, bondad.
No tengo otra ambición aunque son pobres
los aperos que empleo en mi labranza
y muchas son las grietas de mi espíritu
y son más de la cuenta mis pecados.
Confío en Ti, Señor, para dar fruto
y sacar algo en limpio de tu hijo.





Sobrevivir de amor, sobrevivir.
Sobrevivir, Señor, sobrevivir...
En la abierta azucena de una mano,
en la aurora hecha luz de una mirada,
en el dolor que cuaja un hombre nuevo,
en el puro arco iris de un abrazo,
en la canción anónima que vuela,
en la brisa que lleva y trae el polen,
en quien se ríe de una inquisición,
en las gotas de amor y de rocío,
en el lirio que alegra los cipreses,
en la herida que cicatriza un beso,
en los atardeceres que aconsejan,
en la mesa con sillas para todos,
en el pan y en los peces que se arriman,
en los oráculos de caridad,
en los rescoldos que arden en silencio,
en el sol que porfía entre las nubes,
en el remoto código de alguien,
en el hermoso ciclo de la vida.

25

Sobrevivir de amor, sobrevivir.
Y dejar en tus manos mi pregunta.

uno de marzo de 2004
primer lunes de Cuaresma



**ACABOSE DE IMPRIMIR LA EDICIÓN DE ESTE
LIBRO EN PINELO TALLERES GRÁFICOS,
EL DÍA 19 DE MARZO DE 2004,
SIENDO FESTIVIDAD
DE
SAN JOSÉ
CÁMAS-SEVILLA**



HERMANDAD DE SANTA MARTA